

101 RELATOS DE LA ENSEÑANZA

101 AUTORES/AS



V VINATEA
EDITORIAL

DON GREGORIO (1873-1936)

La lengua de las mariposas

por Miguel C. Muñoz Feliu

I

Gregorio Gómez Martínez había nacido en Madrid en 1873, el mismo año en que se proclamó la I República Española, hecho que había despertado esperanzas en muchos, y recelos y temores en algunos.

Gregorio era un niño muy despierto. Con solo cuatro años ya sabía leer. Con siete, dominaba las tablas de multiplicar. Con diez, era capaz de resolver problemas de trigonometría y de traducir a Séneca.

Su madre, católica piadosa, quería que estudiara en un seminario.

- Mi Gregorio llegará a obispo o a cardenal, decía.

Pero su padre, liberal y poco amigo de los curas, no compartía esas ideas. Conocía a Francisco Giner de los Ríos y había oído hablar de la Institución Libre de Enseñanza, donde aplicaban teorías pedagógicas modernas y enseñaban las innovaciones extranjeras.

El pequeño Gregorio se educó allí. Como en otros centros de enseñanza estudió a Cervantes y a San Agustín, pero también a Darwin y a Kant. Tuvo profesores como Manuel Bartolomé Cossío, que no necesitaban recurrir a "*la letra con sangre entra*" para que sus discípulos se formaran. Y entre sus compañeros tuvo algunos que adquirirían con el tiempo fama y notoriedad como Antonio Machado.

Un día, el joven Gregorio estaba leyendo en un banco del parque del Retiro. Un niño y su preceptor se sentaron en el asiento de enfrente. El preceptor parecía un sacerdote avejentado. El niño le preguntaba sobre las mariposas que merodeaban por los arbustos cercanos.

- ¿Y cómo se alimentan, Don Suplicio?

El viejo le miró sorprendido y levemente contrariado.

- Eso que importa, Marcos.

- Es que no parece que tengan boca como nosotros, Don Suplicio, ni manos con las que coger la comida.
- Seguramente, no necesitan comer.
- Pero entonces se morirían. Todos los seres vivos tienen que comer.

Don Suplicio estaba contrariado y le pegó un cachete al niño.

- Más vale que te esmeres con el catecismo y en lo que realmente importa, zanjó.

El niño miró, cabizbajo, al suelo con cara triste.

Desde ese día, Gregorio supo que quería ser maestro.

II

Don Gregorio había cumplido 63 años. Durante cuarenta años había sido maestro llevando la luz de la Ciencia y de las Letras a muchos pueblos de la España rural. Pese a los salarios bajos, viviendo en las casas que los municipios dejaban a los maestros, Don Gregorio había enseñado a miles de niños, hijos de campesinos, jornaleros y gente humilde, cuyos padres muchas veces apenas sabían leer o escribir.

En su devenir por las profundidades de España, se casó y tuvo una hija. En tierras extremeñas había enterrado a su pequeña hijita Luisita. En tierras de Zamora yacía su amada Leonor quien lo dejó hacía ya más de quince años.

En los últimos años, Don Gregorio había recuperado la ilusión. La II República parecía decidida a impulsar la labor que él llevaba haciendo toda su vida. Las misiones pedagógicas estaban llevando libros, exposiciones y obras de teatro a todos los rincones de España. Gracias a ello, Don Gregorio había podido abrir una pequeña biblioteca en ese pueblo gallego donde llevaba enseñando los últimos diez años.

Hacía apenas unos meses el Ministerio de Instrucción Pública incluso le había remitido un microscopio, un útil que llevaba reclamando a las autoridades educativas desde hacía más de veinte años. Gracias a él, los niños podrían ver por sí mismos en sus clases de ciencias naturales lo que él les explicaba, como la lengua que tienen las mariposas (la espiritrompa) o las membranas de las alas de las moscas.

Uno de ellos, un niño de ocho años al que apodaban Gorrión, hijo del sastre del pueblo, parecía especialmente despierto y lo acompañaba en sus excursiones por el campo. Era como el nieto que nunca tuvo. Su padre, convencido republicano, lo invitaba a comer con frecuencia y le había regalado un traje en agradecimiento por todo lo que hacía por su hijo menor.

Ahora, en junio de 1936, había llegado el momento de su jubilación. El alcalde le había preparado una pequeña fiesta de despedida en la escuela. Allí acudió todo el pueblo, los niños y sus padres. Hasta estaban el párroco y el sargento de la guardia civil.

El alcalde abrió el acto. Habló de Don Gregorio como “las luces de la II República” a la que tanto se le debía y agradeció al maestro todo lo que había hecho por el pueblo durante esos diez años.

Después subió al estrado Don Gregorio. Alzó la vista y vio entre el público a Ramón, el sastre, padre de Gorrión. También estaba Don Avelino, hacendado conservador de simpatías falangistas, antiguo cacique local, a cuyo hijo daba clases.

Don Gregorio dio las gracias a los asistentes por acompañarlo en este acto y rememoró su periplo como maestro. Concluyó su breve discurso con un guiño a la esperanza:

- Si conseguimos que una sola generación, una sola, crezca libre en España, ya nadie le podrá arrebatar la libertad. Nadie le podrá arrebatar ese tesoro.

En ese momento, Don Avelino, enfurecido, cogió a su hijo y dijo en voz alta:

- Ya está bien. Vámonos de aquí.

III

Los falangistas los tenían retenidos en el edificio del ayuntamiento, con las manos atadas. Magulladuras y heridas en el rostro, brazos y piernas eran testimonios del trato recibido esas últimas horas. El alcalde republicano había recibido lo suyo. Otros muchos tenían heridas diversas y el tabernero arrastraba la pierna derecha con dificultad. No sabían a ciencia cierta qué iban a hacer con ellos. Muchos pensaban

que los encarcelarían un tiempo, más o menos largo, hasta que se decidiera el triunfo o el fracaso del alzamiento militar que había comenzado apenas hacía una semana.

Don Gregorio no estaba atado y se había librado de los golpes. Un hombre tan viejo parecía inofensivo, así que los falangistas no sabían muy bien qué hacer con él. ¿Deberían llevarlo con los demás o liberarlo? Sin embargo, cuando uno de los jefes que vino de la capital lo vio, sentenció que “estos maestros rojos de la Institución Libre de Enseñanza son los peores” y que esa Institución es un “apostolado del Diablo”.

La muchedumbre aguardaba fuera. Algunos gritaban mientras iban subiendo a los retenidos en un camión:

- ¡Ateos!, ¡Criminales!, ¡Rojos!

El último en salir fue Don Gregorio. Medio pueblo estaba allí y al verlo, los gritos callaron un momento. Pero de pronto, Ramón, el sastre, asido por su mujer, gritó:

- ¡Rojo!, ¡Ateo!, ¡Masón!

Don Gregorio lo miró a los ojos, incrédulo, mientras el sastre repetía sus gritos con voz más temblorosa.

Don Gregorio subió al camión con los demás. Los niños corrieron tras el camión y comenzaron a insultarlos y a lanzarles piedras. Sus caras eran muecas de odio y de desprecio. Allí estaban casi todos sus alumnos, los mismos a los que enseñó a leer y a escribir, los mismos que le aplaudieron en su jubilación. También estaba Gorrión, rabioso, que repetía mientras lanzaba piedras al camión:

- ¡Rojo!, ¡Ateo!, ¡Spidotrompa!

Una de las piedras alcanzó a Don Gregorio en la frente y durante unos segundos perdió el conocimiento.

Media hora después, Don Gregorio murió por segunda vez cuando una ráfaga de fusil reventó su pecho.

Sin lápida, sin ataúd, sin ceremonia, su cuerpo se unió a la tierra. Meses después, una mariposa se posó en un pequeño arbusto con flores que había crecido en la cuneta de la carretera.